

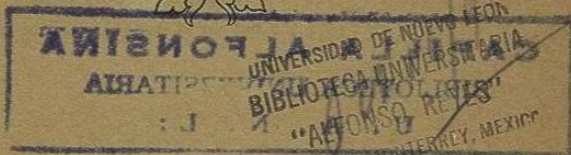
CAYETANO RODRIGUEZ BELTRAN
(ONATEPEC)



"PAJARITO"

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

NOVELA.



MEXICO ^{Ado. 1625 MONTERREY, MEXICO}

EUSEBIO GOMEZ DE LA PUENTE

CALLE DE NUEVO MEXICO, 1
APARTADO POSTAL, 59 BIS. TELÉFONO, 900 **100293**

1908

33815

*En un mundo afectado
por un gran número de
pajaritos Covarrubias
El autor*



PA 7297

R 6722

P 3

**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

Es propiedad del autor. Queda hecho
el depósito que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Tip. y Lit. «La Europea» de J. Aguilar Vera y Comp., S. en C.

A mis queridos y respetados maestros

D. Rafael Delgado

y Sr. Lic.

Don José López-Portillo y Rojas

El Autor.

TLACOTALPAN, JUNIO 30 DE 1907.

“PAJARITO”

- I
BUENOS días, doña Prici. . . *
- ¿A ónde tan de carrerita, señá Mencha?*
- Pué á la equina á mercar la azúcara y el pan pa la bebida. . . .
- ¡Güena ejtá osté de noticia!
- ¿Qué me cuenta?
- ¡Cómo se lo igo, señá Mencha!
- ¿Qué no sabe lo ocurrió?
- ¡Qué de saber, doñita!
- Pué la tienda ejtá cerráa dende mu temprano; juera ansina la pila de gente ejperando el pan. . . . ¡y náa! . . . Yo de

Las palabras marcadas con asteriscos, indican que su significado propio se explica en el Vocabulario que como apéndice corre al fin de este libro. N. del A.

aburría tomé rumbo pa en cá de don Porfidio, unque se coge retelejísimos.*

—¿Qué habrá pasáo? . . .

—Aquí pa la doj diré á osté que hay gato encerráo. . . . Tía Pola . . . * que anda metía á menúo y tóo el santo día en revoltijo y chismarajo* que é una barbaridá.... dice que el gachupín arrendó* por ái* y el demontre que sepa pa ónde.... La tienda quedó solita y atrancáa; unos muchachos en pinganillas* miraban por el aujero de la llave y por la rejendija* de la puerta; otros se dejpepitaban por saber de fijo el sucedío. . . . Que si se jué con todo y riata* que si se lo llevaron de soldáo. . . . que si la polecía por aquí y le autoridá por allá. . . . que si ejto, que si aquello. . . . que si lo otro y lo de má alante. . . . ¡Qué se yo! Aquello era un batiburrillo* de toitos los demoños....

—Por mí puee dirse al dianche y mú bendito del señó el tal crijtiano. . . . ¡que maldito lo que me importa!

—¡Y á mí mucho meno! . . . Pero no

olvidaré mientras viva lo cicatero que era el mu arrastráo pa dejpachar á loj marchante. . . . De azúcara daba por chieca* un peacito que se quedaba en el joyo de la moela. . . . de sal, ni se iga, asina, un puñaito que no le bajtaría á Marcial pa crijtianar al macaco* de la vecina que anda pa salir de su cuidáo. . . . la probecita ejtá como el pan de Alvaráo: con la ganancia entro* Ansinamesmo de manteca, una pringuita* que cabe en un dedal. . . . El peloncillo mú rampuliento* y revenío. . . . sudando miel por arriba, por abajo, por alante y por atráj. . . . ¡Vaya que no había por ónde tentar-lo sin pegojtearse!* ¿Y pa dar gtiel-to?* ¡Avemaría purísima! ¿Y pa cambear por menúo*. . . . ¡Qué alrevesáo* que era el jijo de su mamacita! . . . Pa él, la peseta era riale* y los de á cuatro,* peseta! . . . Y ¡ay Jesús! lo remolón pa co-ger la moneda! . . .

Oigasté lo má gordo. . . . icen. . . . pué no lo igo yo. . . . que yo no me de meter

en chijme ni me de dir á loj apretáos in fierno por esa maldecía gente que tóo lo trabuca y cuenta á su modo. . . .

—¿Qué icen? ¿Puée saberse?

—¿Por qué no? ¿Se afigura, mijita, que écosa del otro jueve?

—Pué suelte el santo con tóo el milagro!

—¡Allá va, que no tengo peloj en la lengua, á Dió gracia! . . .

Icen. . . . pero coste que no lo igo yo.

—¡Sí, mi doña, acabe osté!

—Icen. . . . ¡qué gente tan hablaora! . . . que también la muchacha arrimáa en cá el amo del gachupín se jué anoche mesmo. . . . ¡y mire osté qué casualidá!

—¡No me güerve el alma al cuerpo! ¡Miren á la mojquita muerta que guardáo que lo tenía!

—¡Vayasté á saber si será sino será! . . . Pa adivinar era mano!

—Puee que sea arguna trácala* de la tía Pola!

—Asigun y conforme, doña Mencha

—Esa muchacha é honráa y andaba como cáa jija de su mama, metiita en su destino. . . . á cualisquiera, en siendo probe, le tiznan el jocico y le alevantan falso testimoño. . . .

—Ansina suce.

—¡Y tanto, señá Prici, y tanto! . . . Sin dir má lejo. . . . ¡ai ejtá la infelí de mi nieta que se le jué muriendo el marío en un suppirar, pa dejarle el defunto unchorro de muchachoj ateníos al «échame nana»*. . . . ¿y que jace la dejdicháa? trabajar, trabajar duro que duro, mala la comparanza, como una mula. . . . que é fuerza que mantenga y no traíga encueráos á cinco pelone*. . . . pero lo que en una é deligencia en otra é sinvergüenzáa. . . . ¿Pué ha de creé osté, magrecita, que laj dejlenguás le han arrimáo á la nieta de su agüela un querío? . . . ¡Como suena, señá Prici, como suena! Porque en ejte mundo malváo, ya é sabío: á la mujer homráa tóos la vigilan y en viendo que un crijtiano

la vesita por cáa Corpu ó San Juan, y le jabla como Dioj manda . . . ¡zá! . . . la ponen de descaráa pa abajo y la regüelven con laj de altiro* pilguaneja* de la calle. . . .

Golviendo al asunto: pa mí el gachupín se jué porque se le pegó su rial gana. . . ¿pué qué pa dirse era necesidad echar repique y poner nuncio como si juera un menistro? . . .

—¡Qué lío, virgen del Carmelo, qué lío! . . . ¡Ay, nanita, y la que se va armar! . . .

Adeosito, mialma, no me dejpido, orita güelvo, que se me jace tarde; aemáj, el sol é una brasa, achichara que é una barbaridá! . . .

—¡Qué le vaya bien, doña Mencha!

Ejta vieja santulona* á mí no me la pega—quedóse barbotando la tía Prisciliaña—ella é de contáo la del chijme y viene limpiándose con ña Pola; de juro que no quedrá al gachupín la endi-

na* porque anda lamusquiando* aquí y pidiendo fiáo allá. . . vive de purita trampa* ái ejtán toita laj pizarra de laj tienda que no me ejarán mentir. . . tienen má raya que montone de raja una tarea de leña* . . .

Acabó la vieja de murmurar en contra del prójimo y se fué del corredor* á la cocina; quitó de la lumbre una olla, toda humeante, en que gorgoriteaba el café, para luego trasegar, en honda taza desportillada, buena cantidad del caliente líquido que le sirvió de desayuno; entre sorbo y sorbo tenía su miaja de meditación para hacer calendarios y rastrear la verdad de aquel suceso que en otra parte hubiera tenido escasa importancia; pero que en el terruño la tuvo largo de dos semanas, al cabo de las cuales otro suceso, de no mayor cuantía, vino á ocupar la atención de las gentes y á poner en dilatado paliqúe las nunca calladas lenguas de doña Mencha y seña Prici.

II

LA casa está techada de palmas, secas por la ardencia del sol y cenizas por la frecuencia de las lluvias; casa de pobre, cuyo único lujo consiste en la extremada limpieza de los pocos muebles, que sirven más de necesaria comodidad que de ostentoso adorno: en la salita, dos butaques* grandes junto á la rasgada ventana de yagua*; en ringla, y en toda la extensión de los tabiques de madera encalada, una docena de taburetes* de rígido respaldo y escobeteado cedro, blanco ya por el continuo fregoteo; en el fondo, una mesita de torneadas patas, brillante por el barniz y pobre por la falta de porcelanas y chucherías con que suelen adornarse estos muebles; arriba

de la mesa, un espejo, de empañado cristal y de exiguas dimensiones, empinándose sobre de dos clavos, y á un lado y á otro, retratos de familia, de cuya traza y parecido no puede uno darse cuenta, porque la fuerza de la luz ha matado las tintas de las sombras y ha borrado los lineamientos de las figuras; pero que el cariñoso recuerdo, fuerte auxiliar de la memoria, guarda y venera como si tales fotografías fueran aún flamantes é indelebles; el piso es de tierra monda, que se ameraba hasta estar reblandecida en la época de las aguas y que se reseca hasta volverse polvo sutil en los ardores del verano; contra la tierra recalada buenos eran unos tablones, ó unos petates gordos, en el lugar de más tránsito; y para el polvo, que se levantaba al más leve soplo, se ocurriría á las rociadas con la mano por regadera en mañana y tarde; la puerta sin hojas que da á la alcoba—recámara que llaman los habitantes de la casucha—está cubierta por una

cortina blanca que pende del dintel, lisa y sin pliegues, para casi tocar con el extremo colgante el madero del umbral; en la recámara no hay más de una cama con espacio suficiente para contener, á bien dormir, á cinco personas un cajón que hace á maravilla de aguamanil; un cuadrilongo espejo, diminuto y traqueado, roto de uno de sus ángulos, por lo cual, en tiempos que su dueña, poco dada á contemplarse el palmito, quería verse de frente, sólo conseguía que se reprodujese una tercera parte de su rostro austero, aunque no marchito; circunstancia que sería deplorable para el mirar despacioso y complacido de mujer casquivana y coqueta; colgada de la solera, una cuna, obligado cautiverio para el rapaz en las horas en que la madre no podía arrullarlo con aquel: «A la rorro niño, á la rorro tata— que parió la gata— cuatro cochinitos— y una garrapata!» por andar afanándose con sus fatigosas y cotidianas tareas; en-

tre el claro que deja la descomunal cama y la oscilante cuna, bien cupo una tabla, empotrada en la pared, con adornos como retablo que sustenta un marco, todo él circundado de frescas flores, á menudo renovadas, que contiene la imagen de una «Preciosa Sangre de Cristo,» opacada por el incesante humo de la lamparilla, á la cual nunca le faltó luz trémula y débil como ofrenda para aquella tan estimada como milagrosa estampa; en cualquier rincón, un baúl de abultado volumen sobre enclenques banquillos, que no necesitaban, en verdad, de mucha robustez, á causa de ser el contenido del mueble que soportaban, escaso, pobre y ligero; pegada á la recámara, la cocina, de fogón relleno de tierra y quemado de los bordes, con techo holliniento por la humeante leña puesta á arder desde la madrugada para palmear las tortillas, hacer el desayuno y guisar el pan de cada día, quedando rescoldo para poner los frijoles á her-

vir á fuego manso; y, por remate, larga tabla colgada de cada punta por sendas cuerdas que la tenían suspensa, para colocar en ella cazos y ollas, tlacualones* y cazuelas, platos y tazas, utensilios todos que, á guisa de vajilla, poseía la dueña de la casa; afuera, el patio, ni grande ni pequeño, de justas y aprovechadas dimensiones, dividido en tres partes de terreno: una para las gallinas; otra para algunas plantas florales y no pocas hortalizas, y la última para ocuparla por el tendedero, que, cuando de tal hacía, el floreciente guayabo y el *jobo* desmedrado eran los puntos en que la lavandera amarraba el mecate y lo ponía tenso de uno á otro árbol con una sarta de ropa húmeda y blanca, que se hinchaba y lo queaba á cada paso por las fugadas de la brisa á eso de las dos de la tarde.

El guayabo se estaba enseñoreando de la esquina de la cerca, hecha con reacios pero no muy unidos estantes*, que renacían en renuevos por la primavera

y se cubrían de trepadoras en el otoño, con un tapiz de verde esmeralda, salpicado de campanillas azules, rojas y moradas, cuyos levantados cálices y zarcillos ensortijados y airosos, se balanceaban coquetamente al menor impulso del viento; el tronco del añejo árbol no era, ni con mucho, esbelto; retorcido y rechoncho salía del santo suelo en forma de horquilla; de allí se despatarraba para echar, á lo que saliera, sin orden ni concierto, hojas y más hojas, ya sobre la cerca—amenazada de exterminio por el empuje del guayabo—ya batiendo en cada vaivén la culata* de la casa contigua, ya yéndose en desairada copa hacia arriba; su corteza color de sepia contrastaba fuertemente con el verdegay, amarillo y rosa de sus cogollos, apretados aquí, abiertos allá y frescos y rozagantes en todas las extremidades de las ramas; por mayo florece y con los primeros chubascos de junio da el fruto primerizo, coscorrón,* y después, en agosto, llega á su

completa madurez; entonces las ramas cargadas de guayabas se doblegan, causadas de tan copiosa abundancia, por cima de la cerca, para ser codicia y tentación y desvelo entre los muchachos callejeros que por allí pululan; y aunque así no fuera, los rapaces golosos y hartones en un verbo escalaban la cerca y á manotada limpia, y á arañazo sangriento, y á mía sobre tuya se apoderaban del apetecido fruto, del cual hacían rica apañadura que ocultaban en los bolsillos, en el seno de la camisa, en la copa del sombrero—tan hecho para estas cosas—y en manos y boca para sólo dejar expeditos los pies, prontos á poner en polvorosa á la primera sobarbada de la doña, ó al intempestivo ladrido del perro vecino, celoso guardián, que se duerme en sus alertas con peligro de que los muchachos le jueguen alguna mala pasada.

Cuanto al *jobo*, estaba en el punto opuesto al lugar en que el guayabo os-

tentaba, dándole las espaldas, su no muy apretado pero siempre susurrante ramaje, en gracia de que la brisa y el viento del norte le daban tan de cara y á su regalado gusto; en cambio, el miserable y anémico *jobo* presentaba de diario, todo hecho una roña, sus escuetas ramas, en las cuales, mucho, si acaso, tenía, para mayor irrisión, y en la parte de la copa, un haz desgredado de verdura; enfermizo, desgarrado estaba allí como viejo inválido, esperando con resignación cristiana su última hora, purgado de todo pecado y dolido de toda pena, en el fondo del patio; y para colmo de desgracia y final de penitencia, el sur lo abate y tuesta cuando reinan los vientos marzales: está condenado al hálito candente del austro que le quema las mezquinas hojas con que la naturaleza le regala en su pródiga munificencia; de noche es guarida de zopilotes, y de día, ni presta sombra ni exhala susurros; triste, silencioso y fúnebre merece el hacha talado-

ra, y tal sería su fin si no sirviera su rugado tronco para sostener el mecate de la lavandera.

En desquite, el guayabo, se gallardea y engríe sin curarse de su menguada ó ninguna esbeltez; lozano y robusto se alza en el término del tendedero; cobija á las gallinas desde el anochecer; se desmereza con el canto del gallo que toma atalaya en él, y da en el fruto recurso para la venta á su hacendosa dueña, regodeo para las gallinas, hurto y gollería para los granujas, y frescura y abrigo y sombra al extenso y soleado patio.

En tal casa y en este patio vive la señora Mónica.

La vela para el manejo de la aguja, y el madrugar constante para los quehaceres domésticos son el patrimonio de la vida de esta pobre mujer.

Tiene un hijo (pequeño que no alcanza los dos años) criado á fuerza de sofocos, estrecheces, desvelos y privaciones; y el propio hijo, que fué carga para el

padre que lo engendró, es estímulo, es fuerza, es ardor que impulsa y vigoriza á la desdichada mujer en el trabajo duro, en la miseria cruda y en el penar dilatado. ¡Qué penosos ay! los primeros días de aquella niñez desvalida y de aquella orfandad desamparada!

Llevar en brazos al pequeñuelo, fruto de unos amores desgraciados, para abrirse paso entre la miseria que humilla y el egoísmo que degrada, con la súplica en la boca y la honradez en el talante, y no hallar sino hurañas que repelen, hipocresías que engañan y dádivas que manchan!

Para servir de criada, aquel desventurado niño era un estorbo inevitable, una rémora viviente que impediría la diligencia reclamada y la presteza ofrecida en el desempeño de las labores de fámula.

Y no valía, no, para no tenerle por embracilado, asegurar que el pequeñuelo, hecho un ovillo y callado como un muer-

to, quedaría en un rincón dentro del cerco infranqueable de dos butaques, puestos á manera de barrera, para contener el natural travieso del muchacho; ni aprovechaba ofrecer silencio y quietud en los largos y forzados ocios de la criatura. ¡Nada! Que algunos que pagan porque les sirvan no conceden ciertas libertades ni dispensan ninguna franquía, antes bien, tienen pegados al remo á toda hora á sus sirvientes, y encima de este vasallaje ponen, para afirmar su despotismo, la fraterna impetuosa y el rúpice rotundo.

En medio de estos contratiempos, no quedaba más salida que dejar al desgraciado niño al cuidado de la vecina, para irle á dar un vistazo á poco menos de las dos de la tarde, á modo de tomar la mísera mujer alientos con la vista del hijo de sus entrañas y volver al rudo batallar de todos los días, que á tanto llega el amor maternal, aun en aquellos seres que ciertos malvados creen des-

provistos de tiernos y delicados sentimientos por la desgracia de haber nacido pobres.

Aquella resultaba una vida en dos vidas: la de la desventurada madre y la del no menos miserable niño; la una se completaba en la otra, como la yedra se alimenta del jugoso árbol; eran dos desgracias que se unían, se amparaban y se protegían.

La buena de doña Mónica soportaba su cruz con la resignación de una mártir; sin decirlo, sin ostentarlo, quizá sin saberlo; porque nunca salió una queja de sus labios, siempre abiertos para alabar á Dios y pedirle salud y con ella fuerzas en el constante trabajo.

En tanto el muchacho medraba que era un contento entre el mimo de la madre y el despejo de la vecina, la cual (sea dicho para publicar su falta) en presencia de doña Mónica se comía al pequeñín á besos, y una vez que la madre tomaba camino de su calvario—que era

andar ruta para el destino—se desataba la vecina hipocritona en maldiciones para el *arrastró* que engendró al *macaco* y para la cual lo echó á este mundo de miserias; mas no paraban en esto las corajinas de la señora, sino que para cada lloriqueo tenía la mano suelta y la palabra dura, como si aquel inocente viniera á purgar pecados ajenos de un padre desconocido. Con este proceder tan á menudo puesto en obra, sucedió lo que al cabo había de venir por sus pasos contados.

Doña Mónica tuvo que dejar el acomodo á hora desusada, no por quisquillas ni reconcomios; no por la dureza del trabajo y la cortedad del descanso; sino por la iracundía creciente de su ama; el último trepe fué de los que no se pueden resistir sin renunciar de plano al derecho de gentes; y la fámula, á pesar de su habitual rustiqueza, le llegó aquel ultraje hasta lo más hondo de su alma, allí donde parecen dormidos todos los afec-

tos para despertar al menor empuje de la afrenta que restalla; aquello fué como un cauterio; le zumbaron los oídos, se le enronqueció la voz y estalló en un solo grito salvaje, amenazante, terrible: ¡infame!

Tomó la puerta echando chiribitas y apretando los puños; y al llegar á su casa—que no siempre una desgracia viene sola—halló á su hijo gimoteando y á la vecina dándole una tunda de padre y señor mío.

Con oír llorar y ver pegar á su adorado hijo, aumentó la explosión de dolor, de desesperación, de lamentos en aquella mujer, nunca tan infortunada como en este instante; de pronto no supo qué hacer, si lanzarse sobre la mala vecina, ó sólo señalarle la puerta con airado ademán para que saliera; pero pudo más el instinto maternal: se fué al rincón donde el niño lloriqueaba hecho una lástima; lo arrebató en un vuelo, besuquéolo ruidosa y lloró tanto, tanto, que secábanse las

lágrimas en sus ojos y se le atropellaban los sollozos en la garganta, mientras el rapaz le daba palmaditas en las húmedas mejillas y le sonreía placiente para sacarla con semejantes caricias de aquel no visto postramiento.



III

PARA Doña Mónica comenzó otra manera de vivir desde que dejó en malhadada hora el servicio: se levantaba con el alba, y á punto de estar *juntada* y encendida la *candela* en el fogón, ponía sobre de ella el redondo comal á calentar; en seguida se pegaba al molendero* y . . . rum. . . rum. . . allí se estaba hasta desquebrajar* el maíz para después dejarlo bien pasadito, y hacer con él unas bolas de blanda masa que iba echando en el tihuapal;* de éstas tomaba para palmear las tortillas, que blancas, extendidas y redondas pasaban de una mano á otra en cada movimiento de los brazos de Doña Mónica, y al cabo caían en el comal, ocupando todo su diámetro y cociéndose luego;